

Número 21

15 de octubre

1915

San Selerín...

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia
debe ser dirigida
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.

JAN SELLERIN

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

LA ESCUELA DE LA NATURALEZA

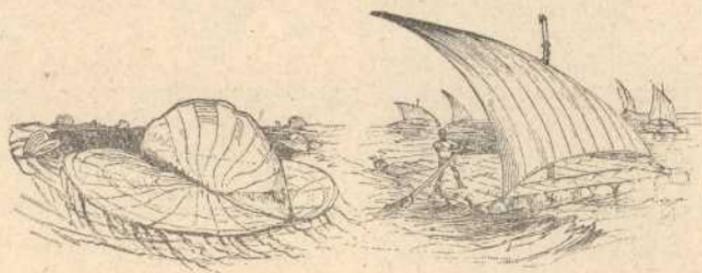
La más grande del mundo, a la cual todos los hombres van a aprender y en la cual son maestros todas las criaturas vivientes.

No hay nada de que el hombre se enorgullezca más, que de su genio para hacer inventos, de su poder para descubrir y aplicar principios mecánicos que le ayuden en sus trabajos. Es lo que lo hace considerarse por encima de todos los animales; es por esto que él se cree un inventor y un amo.

Sin embargo, en casi todos sus inventos, no ha hecho otra cosa que imitar a la Naturaleza. La Naturaleza es un libro abierto en el cual estudian hasta los hombres más sabios.

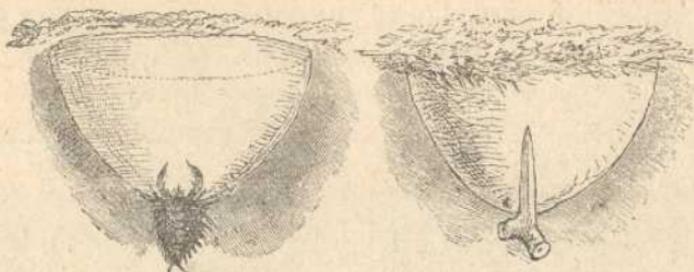
Todo aquello de que nos servimos en la tierra, en el agua y en el aire, ha tenido por modelo algún instrumento de la Naturaleza.

LA BALSA.—Las velevas son animales marinos, semitransparentes que presentan a veces los colores del arco-iris. En el borde de la lámina horizontal tiene unos pelitos o tentáculos que le sirven de remos. La hoja



vertical es como la vela. El parecido de este animal con una balsa construída por el hombre, salta a la vista.

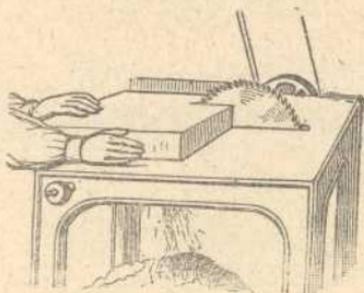
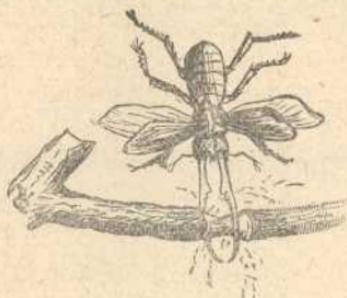
LA TRAMPA.—En el grabado se ve un corte de la trampa construída por la hormiga-león, que abre unos hoyos cónicos en los terrenos arenosos. Ella se coloca



en el fondo, donde sujeta los insectos con sus pinzas. También se ve un corte de una trampa construída por un cazador para coger animales grandes.

LA SIERRA CIRCULAR.—En la Naturaleza hay una sierra circular, con las puntas de los dientes dirigidas hacia adentro. En la América Tropical se encuentran varios escarabajos que se alimentan de la savia de los árboles, la cual obtienen haciendo una cortadura en las ramas jóvenes. Uno o dos de ellos cortan las ramas con-

pletamente, cogiéndolas entre sus mandíbulas denticuladas y dando la vuelta alrededor de aquéllas, para producir el mismo efecto que la sierra circular. Un viajero



cuenta que una vez en un bosque le cayó una rama del grueso de un bastón común, cortada por dichos escarabajos.

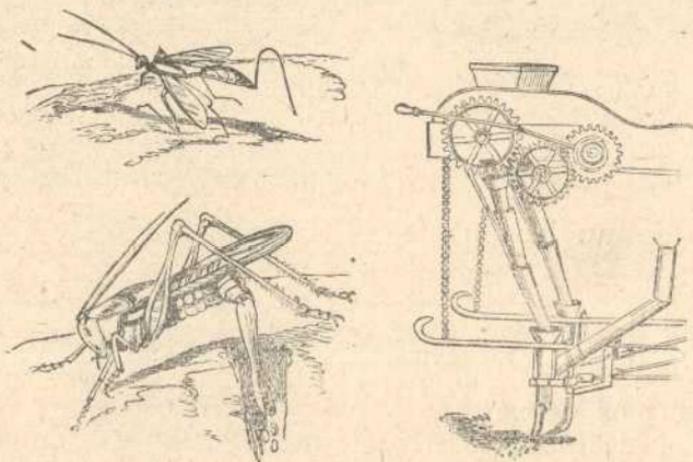
EL MARTILLO.—En la Naturaleza se encuentran muchos ejemplos de este instrumento, pero solo tomaremos el picamaderas o carpintero, como lo llamamos



aquí. Tienen mucha fuerza en el pico. Se agarran al tronco con toda fuerza en el momento de dar el picotazo, balancean el cuerpo de modo que todo su peso cargue

sobre el sitio que perforan; de este modo, conviértense en martillos vivientes, pues los pies hacen las veces de la mano humana, el cuerpo del ave viene a ser análogo al mango del martillo y la cabeza produce el mismo efecto que el instrumento.

LA MÁQUINA SEMBRADORA Y LA CIGARRA.—Entre los modernos adelantos que se han hecho en la cons-

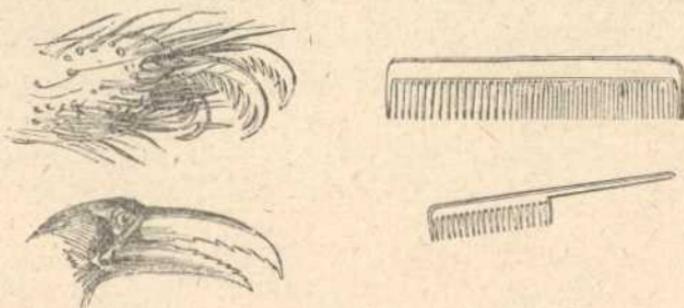


trucción de útiles para la agricultura, debemos citar la invención de la máquina sembradora, que tiene mucha importancia; gracias a este aparato, economízase mucha semilla, se puede regular la cantidad de ésta y el que siembra sabe con toda exactitud, adonde van a parar aquéllas.

La otra figura representa la cigarra depositando sus huevos: el insecto está provisto de un órgano especial de punta muy aguda, compuesto de dos hojas; cuando se prepara para hacer su puesta, busca un espacio de

terreno conveniente, bastante suave y cuando lo encuentra, hace un agujero; luego separa ligeramente las dos hojas de su órgano, y entre ellas se desliza un huevo, lo mismo que la simiente por el tubo de la máquina sembradora. Es un parecido que llama mucho la atención.

PEINES.—Aquí tenemos dos muestras de peines naturales, dignos de llamar la atención: la de arriba



es una pata de araña de jardín. Todo aquel que haya tenido curiosidad de observar el género de vida de esos insectos, debe haber notado que a menudo su cuerpo peludo se llena de partículas de la misma tela que la araña fabrica, y lo hábil que el animalito es para quitárselas. El modo como está hecha la pata permite al insecto servirse de ella, como si fuese a la vez peine y cepillo.

Debajo de la pata de la araña, se ve la cabeza del tucán, una de esas magníficas aves de América que tanto llaman la atención, por sus preciosos colores. Es un pájaro que parece estar muy orgulloso de su plumaje, que siempre limpia con el mayor cuidado, aunque esté cautivo. Cuando se ocupa en esto, las

denticulaciones del pico semejantes a las de la sierra, hacen las veces de peine.

ALIMENTACIÓN.—Se sabe que ciertas especies de hormigas, sacan un líquido nutritivo de otros insectos, y los cuidan, lo mismo que el hombre hace con las vacas. Las hormigas tienen también sus vacas,



que son unos insectos provistos de dos pelotitas colocadas en la extremidad del abdomen, por las cuales sale un líquido dulce. La hormiga ordeña a estos insectos, como el hombre a la vaca: pica con sus antenas las pelotillas que dijimos, para que salga la miel que tanto le gusta.

(Del libro Los precursores del arte y de la Industria, de J. Wood.)

Doña Morronga en las tiendas

Al esforzado amiguito Carlos Gutiérrez,
con mucho cariño

Doña Morronga y su esposo
—un gato gordo y lustroso—
decidieron cierta vez
arreglar bien su vivienda,
y se fueron a una tienda
a comprar lo menester.

Doña Morronga, impaciente,
hizo al pobre dependiente
toda la tienda sacar,

y revolvió cuantas cosas
le parecieron hermosas,
con orgulloso ademán.

«Esta alfombra no me gusta,
su bajo precio me asusta;
muy ordinaria ha de ser
cuando la dan tan barata»,
refunfuñaba la gata
mirándola con desdén.



«¿Y estas cortinas? ¡Tan finas!
 ¡Qué bellas estas cortinas!
 ¿Pero para qué, si da
 horror el precio tan alto?
 ¡Ganas dan de dar un salto
 o de ponerse a maullar!

¿Y esa es la cristalería
 que anuncian? ¡Qué porquería!
 Vergüenza deben tener
 de ofrecerle a una, indecencias.
 ¡Vamos, que tiene ocurrencias
 el dueño de este almacén!»

Y mientras doña Morronga
con tanta furia rezonga,
los compradores se van
con todo y ser buenos clientes,
maldiciéndola entre dientes,
aburridos de esperar.

Por fin, después de cinco horas
de charlas aburridoras
e impertinencias sin fin,
la malvada gata vieja
sin comprar nada, se aleja
más caliente que un candil,

prometiéndole que en su vida
a esa tienda aborrecida
volverá nada a buscar;
y los pobres vendedores,
limpiándose los sudores,
le contestan: ¡ojalá!

¡Qué cosas los gatos tienen!
¡Con qué placer se entretienen
en juego tan infeliz!
Por gran fortuna las gentes
no son tan impertinentes.
¿Verdad que no son así?

BILLO

LAS FLORES

He asistido a las clases de Botánica de uno de mis colegas. Uno de los pequeños tenía una hermosa flor, un lirio blanco. El niño decía: tiene rizoma (1) carnoso, muchas hojas dispuestas en forma de abanico de color verde glauco (2), la flor es blanca con venas azules, el perigonio (3) es corolino, gamopétalo; los estambres están en el tubo del perigonio y ocultos debajo de los estigmas (4), el gineceo, etc., etc. Y mostraba todas las partes que iba enumerando. Era, sin duda, uno de los más aprovechados. Después se habló del lirio azul irisgermánico. Pude ver que asistía a una muy buena clase. Pero con todo, yo me dije: tú la harías, tal vez, de otra manera; todo no sería rigurosamente científico; mas, aparte, podrías enseñar algo provechoso para el corazón.

Acordaos que el señor Jesús puso también como ejemplo a los lirios y a los pájaros: «Mirad a las avecitas del cielo que no siembran ni cosechan y a los lirios del campo que no tejen ni hilan...» Y dijo lirios

- (1) Tallo horizontal.
- (2) Verde claro.
- (3) Envoltura de los órganos de reproducción de la planta.
- (4) Extremo del pistilo.

para mostrar a todas las flores cuyas espléndidas túnicas (porque son así hasta las de las humildes que se muestran con puro recato en las malezas) no se han tejido en los telares ni las ha bordado una mano habilidosa. Solas sehan puesto así tan hermosas; es decir, la madre tierra les ha dado cuanto necesitaban y el sol, el aire y el rocío han hecho lo demás. Y no están orgullosas por ir tan bien ataviadas; al contrario, en su inocencia y en su sencilla discreción está su placer.

Sin duda que nadie puede imitar la hermosura de las flores, ni aun al más modesto de sus pétalos, ni con la seda más sutil, ni con el oro más delicado, ni sus colores con las pedrerías del más nítido (1) oriente. Pero yo no digo que estéis lejos o imposibilitados de pareceros a ellas.

¿Créis que las flores tienen alegrías? Por qué no podrían tenerlas? Yo creo que en las mañanas, cuando el sol se levanta para besarlas, cuando los picaflorres beben en sus hojas la diamantina gota de rocío de ellas suspendida, cuando las abejas les llevan el pólen que las fecunda, entonces me parece que sonrían. Y qué bella es esta sonrisa de su inocencia y pureza.

Vosotros podéis imitar la gracia de las flores y haceros como las flores, si queréis. Si ponéis a vuestra alma la túnica de los sencillos pensamientos y no turba la paz de vuestro corazón ninguna emoción enojosa y amáis el sol, la vida apacible sin torcedores deseos ni ambiciones, si vuestra satisfacción la sacais de vosotros mismos, en verdad os confirmo que os habréis revestido de una túnica tan maravillosa como la de los lirios, tejida con primor en vuestros telares interiores. Yo os aconsejo que obreis como las flores; imitadlas en sus varios sentidos; ved todas las cosas, oidlas, gustad de ellas, amadlas del mismo modo que

(1) Puro, resplandeciente.

hacen estos lirios y entonces habréis penetrado en el verdadero sentido de la vida y de la Naturaleza, y después de una existencia luminosa para vosotros mismos y para ejemplo de los demás, cuando llegue vuestra tarde daréis agradecidos vuestra alma al Señor que os ayudó a hacerla semejante a la de las flores.

Amigos, hay que amar, pues, a las flores, a estas bellas criaturas del Señor. Si las amais toda la vida, señal es de que os habréis conservado con vuestra blancura de infancia. Y feliz el hombre que es niño toda su vida! Yo os aconsejo que vivais entre las flores, que son la sonrisa protectora de la tierra. Hay un sabio, Emerson, que dice: «En las selvas un hombre se despoja de sus años como la culebra de su costra, y en cualquier período de la vida es siempre un niño. En las selvas hay juventud perpetua. Dentro de estas plantaciones de Dios reina el decoro y la santidad, se celebra un perenne festival, y el huésped (1) no se causa de ella ni en mil años». Yo digo lo mismo de las flores. Y agrego que hay que amarlas porque son las más bellas compañeras que tenemos en la vida de la tierra; porque son nuestras más cercanas hermanas en la vida universal; se nutren de los mismos jugos que nosotros, y respiran el mismo aire que pasa debajo de las estrellas. Hay que proteger a las flores (porque son vidas delicadas) de todos los vendavales y no se debe permitir jamás que la babosa las manche en sus bellos colores.

Tampoco vosotros debereis permitir que os manche la babosa.

ANTONIO BORQUEZ SOLAR

(Tomado de *Ariel*)

(1) Persona alojada en casa ajena.

LOS ANIMALES EN FUGA

En un pequeño islote habitaba una vez un labrador con su numerosa familia. Poseían además un caballo y una vaca, un cerdo y un asno, algunas ovejas y varias gallinas. Los niños la pasaban bien y muy contentos, pero los pobres animales vivían una vida triste.

Una tarde, concluido el trabajo del día, el caballo convocó a una asamblea con el objeto de saber si les sería posible mejorar su suerte. Como era el que hablaba más bien, comenzó:

—Mis queridos amigos, todos estamos de acuerdo en que la vida se nos hace muy penosa en este islote. Trabajamos fuerte y comemos poco y de tal modo nos atormentan los niños, que no podemos disfrutar del escaso bien que se nos concede. Cuando vuelvo al anochecer, por ejemplo, muy rendido después de estar tirando del arado el día entero, en vez de dejarme en reposo, se montan sobre mis espaldas y me hacen galopar de una parte a otra del terreno. Señora Vaca, ¿querriais contar a la asamblea vuestra experiencia?

La señora vaca se levantó lentamente, moviendo la cola de un lado a otro; habló con una voz agradable y no muy alta:

—Mis amigos, a mi también me maltratan esos niños. Yo les ofrendo sin embargo, como todo el mundo sabe, buena leche, crema, queso y mantequilla; el Señor Cerdo gruñó dos veces, como si dijera: «Muy bien dicho» y el asno, que no quería perder una sola de sus palabras, agachó las largas orejas.

—Sí, continuó la vaca, pero estos niños ingratos y tontos, cuando deben conducirme al campo o traerme para que me ordeñen, siempre me maltratan, me apresuran, arriesgando a que me dé fiebre o se dañe

mi buena leche! No voy a relataros como me azuzan el perro para que me ataque, o como me apedrean para que galope de la misma manera que lo hacen con el caballo: repito, que arriesgan a dañar mi leche.

Habiendo callado la vaca, el asno se levantó para hablar, pero todo el mundo grito que tenía la palabra el Señor Cerdo, a quien todos los animales respetaban como a un noble: vivía en una casa para él solo, no trabajaba nada y le llevaban la comida. Como rara vez hablaba, lo tenían también por muy juicioso. En cambio, los rebuznos del asno resonaban por el islote varias veces al día.

—¡Los niños son verdaderos monstruos pequeños! gritó el cerdo irguiendo su larga cola ensortijada. Vienen a mi casa y me invitan a que salga, lo que siempre hago, porque pienso: —tal vez sea que me traen algo para comer—y como sabéis, mi obligación es comer tanto y tan amenudo como sea posible. Salgo entonces para cumplir con mi deber y esos minúsculos monstruos me asaltan con palos y se desternillan de risa cuando grito: *roan r-r-roan*.

—*Clok, klok, klok*, comenzó una gallina, es la verdad lo que dice el Señor Cerdo, estoy segura de ello.

—¡Calla, mujer! gritó el gallo; las gallinas son para verlas, no para oirlas.

—*Clok, klok, klok*, dijo la gallina, no debo hablar, yo! que pongo los huevos, saco los pollitos y los alimento.

Pero el gallo se enfureció. Le saltó encima y le dió picotazos tan crueles que la hizo huir a todo escape.

¡Kikiriki! ¡así es como hay que corregir a las mujeres! exclamó agitando las alas.

Los otros animales no se dignaron responderle. Lo hallaban muy mal educado cuando tenía semejan-

te trato para con su mujer; pero no son más que aves, decían.

Era muy tarde y la reunión no concluía. Pero al fin hallaron lo que importaba hacer para el mejoramiento de su suerte. Una vez por semana viajaba una lancha del islote a la tierra firme. Convinieron los animales en que al día siguiente se embarcarían todos y se alejarían del islote para no volver nunca más. Vacilaban solamente las ovejas, opinando que se aguardaran un poco, pues la yerba estaba deliciosa en la isla aquella estación.

Al otro día, muy temprano, se embarcaron el caballo y la vaca, el asno y las gallinas. Esperaron mucho rato al cerdo, pero como no llegaba, se vieron obligados a marcharse sin él. Se había entretenido haciéndose un bucle más en la cola y por eso no llegó a tiempo. Estaba furioso, pues había oído hablar de los grandes bosques de tierra firme, llenos de bellotas que apetecía mucho; pero ya iba lejos la barca y regresó muy triste a su establo.

¿Y cómo la pasaron los niños sin los animales? Vamos a verlo.

—Tomás, Santiago, Samuel, gritaba el labriego, vengan a tirar del arado; puesto que ya no tengo caballo, ustedes harán la tarea.

Los pobres muchachos tiraron del arado todo el día, hasta caer de fatiga y de aflicción.

—¡Mamá, mamá, denos de beber leche! suplicaban cuando al anoecer entraron a la casa.

—¡Leche! exclamó la madre: ¿de dónde la cojo ahora, sin vaca? Vayan a beber agua.

¡Ni mantequilla, ni crema, ni queso, ni huevos! Cuando las legumbres estaban listas para el mercado, no había asno que las condujera. Eran los niños quienes tenían que llevarlas, cada uno con una gran canasta. ¡Oh! ¡cómo lamentaban la pérdida del caballo y de la vaca, el asno y las gallinas!

Durante el año, no pudieron asistir a la escuela, ni jugar sus juegos favoritos, trabajaban tan duro que ya no tenían ni tiempo de leer.

En todo ese año no comieron nunca buena sopa de leche, ni pan con mantequilla, ni sabroso pudín.

—¡Si solamente nuestros queridos y bondadosos animales aún estuvieran aquí! decían.

—Es preciso querer lo que nos queda, dijo la Pequeña.

Cesaron de atormentar al cerdo y lo colmaron de regalos; y el cerdo se puso tan gordo que no podía ver ni aun su propia cola. No le pegaron más a las ovejas y los corderitos se familiarizaron de tal modo, que comían en la mano de los niños, jugaban, danzaban y corrían con ellos.

—Esto es mejor que asustar a las pobres bestias y pegarles, dijo la Pequeña.

Por fin, los hermanos en consulta resolvieron que la Pequeña iría en comisión cerca de los animales para rogarles que volvieran al islote. Se embarcó en compañía de uno de los corderitos y del cerdo que iba propuesto a elogiar el cambio de carácter de los niños. Estaba tan gordo y tan perezoso que fué preciso conducirlo a la barca en una colcha de lana. La Pequeña llevó un puñito de avena para el caballo, trébol para la vaca, un hermoso cardo para el asno y papas cocidas para las gallinas; y así provista, se marchó.

A poco de desembarcar, la Pequeña encontró los animales en la playa; los saludó y les contó por qué había venido en su busca, cuánta falta hacían a su familia y cómo se lamentaban los niños de haberlos maltratado. Les prometió, en nombre de todos, que si regresaban, no serían jamás golpeados sino bien nutridos, cuidados, con las consideraciones de amigos, de parientes dignos de respeto y de cariño.

La Pequeña hablaba bien porque lo hacía de corazón. Y el caballo se comió la sabrosa avena, acordándose de su caballeriza tibia y confortable y reflexionaba que, después de todo, allí se pasaba bien el invierno.

Y la vaca masculló el trébol, sintiendo que la Pequeña no hubiera traído más.

—¡Esto hace buena leche, el trébol! decía.

Y cuando el asno se hubo comido el cardo, gritó: *Hi han!* durante diez minutos por lo menos, tal era su contento, pues no había podido hallar en tierra firme tan buenos cardos.

Por lo que se refiere a las gallinas, estaban dispuestas a irse a cualquier parte y aceptar cualesquiera condiciones con tal de comer todos los días papas cocidas.

Entonces el cerdo pronunció un corto discurso diciendo cuán juiciosos, agradables, serviciales y amables con todo el mundo, se habían vuelto los niños.

El cordero no decía nada, pero se le acurrucaba a la Pequeña y ella le dió un estrecho brazo, que habló más elocuentemente que las palabras.

—Amigos míos, dijo el caballo, opino que volvamos al islote.

Mugió la vaca, el asno se puso a rebuznar, gruñó el cerdo y cloquearon las gallinas, en señal de mutuo consentimiento. Y todos retornaron al islote.

¡Qué contentos se pusieron los niños! Saltaron y gritaron de alegría! ¡Y cómo festejaron a sus queridos animales; y qué buena comida comieron ellos también esa tarde!

—¡Buen cuidado tendremos, decían, de que nuestros bondadosos amigos se vean obligados jamás a reembarcarse!

Y así fué. Desde entonces los animales la pasaron bien en el islote, los niños siempre se manifesta-

ron juiciosos y agradecidos para con ellos. Y el cerdo le dijo al asno amigablemente:

—Habéis viajado, habéis visto el gran mundo, decidme si habéis visto algo semejante a mi cola?

El asno agachó sus grandes orejas y gritó: *Hi han!* en un tono tan alto que despertó a la Pequeña que se acababa de dormir.

—¡Ah! bien sabía yo que nada parecido habíais visto! dijo el cerdo orgulloso, y también se durmió.

(Tomado de *Ariel*)

IMPRESIONES LUGAREÑAS

EN EL TRAPICHE

Hay regocijos en la cabaña,
tiende la tarde rojos cendales
y dos carretas llenas de caña,
vienen vibrando de los cañales.

Crujen las mazas dando sus vueltas
y los gañanes el horno atizan,
y dos chicuelos, de mangas sueltas,
con sus cuchillos la caña alisan.

Los buéyes giran por un camino
que en el bagazo finge una boa
y baja el jugo, color de vino,
haciendo espumas en la canoa.

Cantan los mozos y un chico baila
oyendo a aquellos cantar en coro,
y sobre el fuego hierva la paila
echando al aire burbujas de oro.

LISÍMACO CHAVARRÍA (*)

(*) Poeta costarricense que murió hace poco tiempo.